

IV. SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

Reseñas

Fowler, Will, *Military Political Identity and Reformism in Independent Mexico. An Analysis of the Memorias de Guerra (1821-1855)*, Instituto de Estudios Latino Americanos, Universidad de Londres, Londres, 1996.

LAS DIFICULTADES IDEOLÓGICAS y de poder entre criollos y españoles en 1808, en particular sobre la necesidad de determinar quién era el depositario de la soberanía en el caso del rey ausente, y el temor de los grupos españoles sobre las pretensiones de la rebeldía criolla, se encuentran en la base del movimiento popular independiente de 1810. Después de haber probado su efectividad en la expulsión de los jesuitas en 1867, el ejército real instaurado por los Borbones fue utilizado para enfrentar a los independentistas.

En 1820, cuando se restableció la Constitución de Cádiz en España, el movimiento popular de la Nueva España estaba prácticamente reducido a las serranías. Los comerciantes, mineros, hacendados y la Iglesia, más preocupados por el giro que tomaron los acontecimientos en España que por la rebelión popular, empezaron a conspirar en contra del Estado español. Fue así como surgió Agustín de Iturbide, el hombre del ejército real, llamado a proclamar la independencia en nombre de las clases aristocráticas.

Con el plan de Iguala, los insurgentes se sumaron al ejército real, pero sus generales eran pocos. Fowler registra que de los 39 generales de división y de brigada con que contaba el ejército al final de 1840, 29 habían peleado contra los insurgentes antes del Plan de Iguala. De esa forma, el ejército mexicano conservó la estructura del novohispano, el real, hasta la Guerra de Reforma. Por eso no sorprende que el perfil de los generales fuera similar al de los comerciantes, mineros, hacendados y obispos que no deseaban el cambio de las estructuras coloniales.

Al convertirse en emperador, el 21 de mayo de 1822, Iturbide demostró que todo aquel que contara con la lealtad de las fuerzas armadas podría, a través de un pronunciamiento, acceder al poder. Aseveración que es innegable. Pero también es cierto que el Congreso soberano era, y siguió siendo a lo largo del periodo, una fuerza política de singular importancia para los criollos. De hecho fue el Congreso de 1823 el que depuso a Iturbide. De ahí que las dos vertientes para acceder al poder máximo de la república, la presidencia, habían demostrado sus virtudes y defectos entre 1822 y 1823: el pronunciamiento y levantamiento militar, o la gestión de las cámaras con el apoyo militar. En cualquiera de las alternativas posibles, la presencia de los militares era un requisito indispensable.

Todos los políticos, militares o civiles, hicieron su mejor esfuerzo para ignorar sus diferencias ideológicas durante el primer gobierno republicano federal, el de

Guadalupe Victoria. Los problemas empezaron a surgir en 1828, durante el proceso electoral para elegir el futuro presidente. Desde ese año se empezó a forjar la complejidad de la época estudiada por Will Fowler (1822-1855), significada por la diversidad de sistemas de gobiernos —monarquía moderada, república federal, república central, absolutismo, constitucionalismo; 25 gobernantes de los cuales sólo siete eran civiles; diferencias sobre el papel del Estado, la Iglesia, el ejército, la política económica; movimientos, asonadas, pronunciamientos y levantamientos armados sistemáticos y recurrentes que dieron lugar a 16 golpes de Estado. Los problemas externos también fueron numerosos: la independencia de Texas, su anexión posterior a Estados Unidos, la guerra con Francia, la invasión norteamericana, la falta de apoyo de las milicias estatales para defender la nación y la pérdida de una porción del territorio nacional.

Esa serie de conflictos armados, internos y externos, ha dado lugar a varias interpretaciones históricas, sociales y políticas. Por ejemplo, algunos estudiosos consideran que se trató de una etapa de gran inestabilidad por el predominio de los militares: "la era del militarismo predatorio". Lorenzo de Zavala, un activo político del momento, subrayó las dificultades de su tiempo, indicando que era más fácil hacer una historia cuantitativa de México que una cualitativa. Para expresar la complejidad del siglo XIX, Jesús Reyes Heróles recurrió al concepto "sociedad fluctuante". Por el carisma y la constante y reiterada ocupación de la presidencia por el general Antonio López de Santa Anna, el periodo también ha sido llamado "era de Santa Anna". Pese a sus grandes aportes, esas interpretaciones son insuficientes para dar cuenta de los primeros cincuenta años de México como país independiente.

Las investigaciones recientes tienden a señalar que la etapa 1822-1855 no puede ser tipificada como la era de los caudillos, de Santa Anna o de la anarquía. Tampoco es clara y nítida la diferencia de clase de los grupos que se sumaban a los dos grandes partidos que dividen a la nación después de 1834, los conservadores y los liberales. Más importancia adquieren, como se pudo observar en la crisis del gobierno de Ignacio Comonfort en 1858, los moderados que militaban en ambos partidos. De otro lado, Fowler ha encontrado que los santannistas constituían una corriente política definida y no sólo una banda de oportunistas sin ideología.

Se trataba de una sociedad dividida por la pluralidad de opciones políticas. De ahí la recurrencia de los políticos civiles al uso de las fuerzas armadas para dirimir la fuerza de sus facciones o imponer, vía el levantamiento o pronunciamiento militar, su visión de la sociedad y el Estado. También los militares se encontraban divididos por las mismas diferencias políticas que se expresaban en la sociedad. Las fuerzas armadas no constituían un cuerpo monolítico, como tampoco la Iglesia católica.¹

¹ Fowler señala que el ejército no era una institución monolítica, como sí lo era la Iglesia. Pero en realidad, tampoco la Iglesia era una institución monolítica ni en 1810 ni en 1855. Si la Iglesia hubiera sido monolítica, ¿cómo se explicaría la participación de algunos curas en la lucha por la independencia

Es claro que los militares, ya sea convocados por los políticos civiles o entre ellos mismos, fueron los que decidieron apoyar la facción que coincidía con su opinión, e intervinieron en la vida de la nación. Es cierto que algunos generales se pronunciaron usando el discurso político de la época como una excusa y, también, que no tenían nada que perder si se sumaban a alguna asonada. Si la vida de México en el siglo XIX dependió de la intervención de los militares, una mejor comprensión del período descansa en el estudio de sus posiciones políticas. Tal es el propósito de Will Fowler: dar cuenta de las posiciones políticas de los generales que estuvieron a cargo del Ministerio de Guerra de 1822 a 1855.

Los fueros y privilegios concedidos por la Corona española al ejército durante la época de los Borbones, permitió que se formara una clase militar aristocrática o de hombres de bien, promonárquica y europea. Esa posición de clase determinó la ideología de los ministros de Guerra de 1822 a 1853. Al menos, de aquellos que estuvieron el tiempo suficiente en el cargo como para escribir una memoria de guerra. Fowler encontró que los ministros de Guerra tuvieron una posición política común: una visión conservadora/tradicionalista de la sociedad, un sentimiento de cuerpo fuerte y, sobre todo, un carácter reformista.

Es notable la forma como el autor describe el espíritu de cuerpo entre los oficiales: se ofrecía amnistía a los militares que habían participado en los pronunciamientos y no se tomaban represalias contra los caídos. Ese comportamiento le dio un cariz civilizado a los distintos actos de guerra. El sentido de clase y solidaridad de los militares mexicanos funcionaba como un pacto entre caballeros, como una hermandad militar. Muchos fueron los casos, aspecto que también es destacado por José María Luis Mora en sus escritos políticos, en que hubo acciones militares sin derramamiento de sangre. Por eso Mora decía que México era uno de los países más civilizados del mundo. Esa forma de hacer la guerra fue confirmada por uno de los oficiales del ejército de Estados Unidos a raíz de la guerra de intervención en 1847: "este asunto de ser matado no es algo a lo que ellos están acostumbrados".

Hay excepciones, por supuesto, y Fowler las menciona: la ejecución de Iturbide en 1824, el asesinato de Guerrero en 1831 y el del general José Antonio Mejía en 1839. La ejecución de Iturbide fue asumida con horror por parte de la oficialidad mexicana. En cambio, en el asesinato de Guerrero en 1831 se puede observar el surgimiento de una nueva oficialidad que tenía poca aceptación social por su carácter mestizo.² El de Mejía se debió a que él tenía una actitud antipatriótica probada. Sin embargo, la medida se consideró extrema.

y de otros a favor de la causa de los europeos realistas? Los sectores eclesiásticos dividían sus simpatías entre conservadores, liberales, moderados e, incluso, posiblemente se podría encontrar alguna facción eclesiástica santannista —habría que indagarlo. La unidad de la Iglesia, de doctrina y de fe, no anula las diferencias ideológico-teológicas, político-sociales, todavía presentes en los albores del siglo XIX. La Iglesia no fue monolítica. Seguir afirmándolo impide una mejor comprensión del periodo, limitando el análisis con prejuicios históricos.

² Me pregunto cuántas veces en la historia de los primeros cincuenta años del siglo XIX se presentaron conflictos armados y políticos por la resistencia de la aristocracia mexicana a permitir el ascenso sociopolítico de los mestizos y las castas. La diferencia de clase fue parte esencial del proyecto de los conservadores

La mayor parte del ejército era conservadora porque el proyecto de esta facción pretendía conservar tanto como fuera posible el sistema colonial. Esa postura significaba la continuidad de los fueros militares y eclesiásticos y el sostenimiento del ejército como la única fuerza armada del país; para los conservadores, era el sostén del gobierno. En cambio, los liberales radicales estaban contra los fueros y esperaban que las milicias provinciales sustituyeran al ejército nacional.³ Los moderados esperaban restringir su poder y privilegios y limitar las milicias dejando sólo las que estaban bajo la responsabilidad de las clases propietarias. Por esos dos postulados, eliminar los fueros y privilegios y defender las milicias provinciales, el ejército constantemente entró en conflicto con los gobiernos de los liberales radicales.

Para ilustrar su teoría sobre el reformismo de los ministros de Guerra, Fowler siguió en detalle los informes del general José María Tornel —amigo leal de Santa Anna— quien ocupó el puesto en 1833, 1835-1837, 1839, 1841-1844, 1846 y 1853. Este general, preocupado porque los soldados eran reclutados entre los campesinos, trabajadores y los sectores marginales de la sociedad, propuso una reforma militar que permitiera captar a los mejores elementos sociales y aumentar el número de efectivos. Estaba seguro de que sólo se lograría enlistar a los hijos de los hombres de bien, con los que se podría superar el nivel de los militares y evitar las odiadas deserciones, si el ejército garantizaba el desarrollo de una carrera y un futuro seguro. Por eso, Tornel dio una gran importancia a la enseñanza del alfabeto, la educación científica militar y al entrenamiento del Cuerpo de Sanidad Militar. Es decir, quería un ejército profesional numeroso.

Los dos problemas esenciales del ejército, el reclutamiento y las deserciones, estaban estrechamente vinculados: como el reclutamiento era alimentado por vagos y léperos, como forma de castigo, o por individuos que eran más útiles en la vida civil que la militar, la deserción era cotidiana. Tornel quiso resolver ambos problemas a través del servicio militar generalizado, con excepción de los incapacitados físicamente, y de aquellos cuyos trabajos o actividades fueran fundamentales para la vida civil. Por otro lado, fijó un tiempo de duración limitado al servicio militar y estableció un sistema de lotería anual para reclutar a los hombres de 18 a 22 o, en su defecto, de 23 a 26 años. Para evitar reclutar a vagos y léperos, aquellos que no tuvieran una dirección establecida o carecieran de propiedad, no participarían de la lotería y serían enviados a servir en las costas o los puestos fronterizos o usados como carne de cañón durante los conflictos armados.

Pero estas reformas no fueron llevadas a cabo debido a la situación de guerra constante que vivió el país durante esos años. Además, el servicio militar no fue aceptado por las comunidades y las autoridades exceptuaban a los hombres por

y de los generales. Para ellos, incluso, según dice Fowler, la clase indígena no contaba. La indagación sobre la cultura novohispana que sobrevive en el México independiente, no obstante los trabajos ya realizados, también puede ayudar a comprender de mejor manera este periodo.

³ Es factible preguntarse si el empeño de los liberales estaba fincado en el carácter real del ejército y la orientación de sus lealtades hacia el partido que los liberales bautizaron como el del "retroceso".

amistad o recomendación mientras seguían reclutando a los bandidos, criminales y depravados. El general se preguntaba indignado, ¿cómo podremos esperar que el ejército sea un parangón de virtud y moralidad si está formado por la escoria de la sociedad?

La tropa militar siguió estando formada por indígenas traídos a la fuerza, campesinos analfabetos, o bandidos y criminales prontos a la desertión, con todo y enseres. El fracaso de la reforma propuesta por Tornel fue evidente cuando se enfrentó la guerra con Estados Unidos en 1846: el ejército mexicano fue incapaz de defender la nación. Pese a ello, volvió a ser ministro de Guerra en 1853, el último año de gobierno de Santa Anna.

Para Tornel, la necesidad de un ejército profesional numeroso —que los liberales querían dismantelar— descansaba en la función esencial del cuerpo militar: defender la integridad de la nación y preservar la sociedad. También era preciso defender el territorio de las ambiciones de los países extranjeros. Un ejército formado de la noche a la mañana no podía dar buen resultado, y sólo podía conducir, por la ignorancia militar y falta de disciplina de los civiles, al caos y la desertión. Por eso sostenía que había que preservar las fuerzas armadas. Era tonto, si ésa era su función esencial, criticar a las fuerzas armadas y atacarlas. En sus informes aparece lo que Fowler llama la actitud antipolítica de los militares. Es decir, la oposición a que el ejército fuera usado como instrumento de los grupos políticos civiles. Ése era uno de los postulados del santannismo como la ideología propia de un ejército profesional y patriótico.

El santannismo asumió los conceptos de ley y orden y defendió la hegemonía de los hombres de bien, que eran los principios importantes para la nueva clase política criolla. El hombre que dio título a la corriente, Antonio López de Santa Anna, tenía adeptos entre los oficiales que sentían admiración por los hombres que habían luchado por la independencia del país. Se pagaba tributo, dice Fowler, al patriotismo de los militares. Por eso, la retórica de Santa Anna, patriótica y nacionalista, era efectiva entre la oficialidad militar que pertenecía a la élite privilegiada.

Lo más significativo es que Santa Anna logró transformar el concepto de responsabilidad patriótica en responsabilidad política. En su opinión, el ejército estaba por encima de las facciones y los políticos. México es la única preocupación del militar mientras que para los políticos es su facción, aseguró en su discurso de 1838, en el que también señalaba que él estaba fuera de las divisiones inherentes a los partidos.

Aunque el concepto de antipolítica no otorga una ideología al ejército regular, hay una especie de romanticismo entre las élites cuando adoptan esa aparente superioridad política, “estar por encima de los partidos”. Como dijera García Conde, mientras los partidos contaminan la sociedad con su política fanática, el ejército interviene para rescatar a la nación. El santannismo fue popular precisamente porque en su antipoliticismo ofrecía una justificación moral a la intervención militar. Bajo la influencia del santannismo, los generales que ocuparon el Ministerio de

Guerra asumieron el papel del ejército como árbitro de las facciones que dividían a México después de la independencia. Es claro que el ejército era una fuerza militar, política y social muy poderosa.

La mayoría de los generales que ocupó el puesto más alto de las fuerzas armadas en la república tenía valores tradicionalistas/conservadores o santannistas. De la lista de los 44 ministros de Guerra durante el periodo 1822-1853, incluso de aquellos que no dejaron memorias, dieciocho fueron conservadores, o pertenecían a la combinación tradicionalista/conservadora utilizada por Fowler. Catorce fueron moderados, nueve santannistas y solamente Guerrero, Anaya y Quijano fueron radicales, es decir, liberales. Los radicales sólo estuvieron en el puesto unas cuantas semanas, en cambio los que permanecieron más tiempo fueron los santannistas.

En las *Memorias de Guerra* de Tornel se encuentra una idea de la naturaleza de la ideología que era más representativa de los altos oficiales: contar con un ejército formado con hombres de la clase media, profesionales bien preparados, con actitud de servicio a la nación y adecuados sistemas de promoción y distinción por su valor en contra del invasor, y no destacados por apoyar pronunciamientos exitosos. También se debía contar con un sistema efectivo de pensiones para viudas y huérfanos. Se deseaba un ejército profesional que tuviera su prioridad esencial en mantener la ley y el orden y en proteger la integridad nacional.

En suma, el trabajo de Will Fowler, *Política militar, identidad y reformismo en el México independiente. Un análisis de las Memorias de Guerra (1821-1855)*,⁴ es de gran importancia para comprender el papel de las fuerzas armadas y la vida sociopolítica mexicana durante el periodo 1821-1855. En particular, dos aportaciones de Fowler transforman la manera como se ha visto la historia de estos primeros años de vida independiente: el reformismo de los militares y la definición del santannismo como una corriente política autónoma. Esta nueva perspectiva abre un campo de trabajo apasionante y novedoso en la construcción de la historia del ejército federal y de la sociedad durante los siglos XIX y XX. Los resultados de ese tipo de estudios ayudarían a comprender la participación del actual ejército mexicano en la situación que está viviendo el país en el último gobierno federal del siglo XX (1994-2000).

Marta Eugenia García Ugarte

⁴ La traducción es mía.